

Política y poesía en la disputa por la(s) identidad(es) neuquina(s)

Politics and Poetry in the Controversy about Identities in Neuquén

Laura Duimich*

duimich@hotmail.com

Fernando Lizárraga**

falizarraga@conicet.gov.ar

Resumen

En este artículo analizamos algunas manifestaciones estéticas en la disputa por el sentido de la identidad neuquina, o *neuquinidad*, surgidas a lo largo de casi cincuenta años: desde la provincialización de Neuquén hasta el escenario posterior al asesinato del profesor Carlos Fuentealba, ocurrido en 2007. Al examinar las poesías escogidas, observamos que corresponden a tres modalidades de la neuquinidad y proponemos una periodización para definir cada momento y cada forma identitaria. Así, describimos una *neuquinidad primitiva*, expresada en “Neuquina” (1956), de Irma Cuña, y examinamos la pugna entre una *neuquinidad oficial* –plasmada en “Regreso al ayer” (1981), de Marcelo Berbel– y una neuquinidad que surge desde los márgenes: la *neuquinidad alternativa* o *contestataria*, retratada por Héctor Kalamicoy en “Introducción a un feo lugar” (2008). Decimos, en definitiva, a) que la neuquinidad primitiva corresponde al momento constituyente y configura un

* Licenciada en Ciencia Política (UBA), Maestranda en Filosofía (UNQ), Doctoranda en Ciencias Sociales (UBA). Integrante del Centro de Estudios Históricos de Estado, Política y Cultura (Cehepyc) de la Facultad de Humanidades y docente de Sociología en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Comahue.

** Investigador independiente del CONICET en el Instituto Patagónico de Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales (IPEHCS-UNCo/CONICET) y miembro del Centro de Estudios Históricos de Estado, Política y Cultura (Cehepyc), Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Comahue, Argentina. Profesor de Teoría Política II en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la misma universidad.

enclave utópico de armonía social; b) que la neuquinidad oficial, gestada desde el Estado, ya sea bajo gobiernos dictatoriales o del Movimiento Popular Neuquino, expresa una identidad reaccionaria, articulada en la lucha contra el enemigo no-neuquino; y c) que la neuquinidad contestataria, ligada a una “contra-cultura de la protesta”, representa una posición de clase y se manifiesta como horizonte antisistémico.

Palabras clave: Neuquén; identidades; política; poesía

Abstract

In this article we analyze some aesthetic expressions concerning the dispute over the forms of identity in Neuquén province (“neuquinidad”), which were produced at different times throughout fifty years: from the moment Neuquén became a province to the aftermath of the assassination of Carlos Fuentealba, in 2007. By reading selected poems, we find that they correspond to three modes of “neuquinidad” and we develop a timeline to define each context and each identity form. Thus, we describe a *primitive neuquinidad*, as it is expressed in a poem of 1956, and we look into the tensions between an *official neuquinidad* –penned in a song– and an identity that emerges from the margins: the *alternative or rebellious neuquinidad*. In short, we hold: a) that the primitive neuquinidad is related to the moment when the provincial constitution is being drafted as an utopian enclave of social harmony; b) that the official neuquinidad, grown from within the State, be it during times of dictatorships or under constitutional administrations, embodies a reactionary identity, forged in the struggles against outsiders; and c) that the rebellious or alternative neuquinidad, linked to a counter-culture of protest, assumes a class position and manifests itself as an anti-systemic horizon.

Keywords: Neuquén; identities; politics; poetry

Fecha de recepción: 27 de Julio de 2016

Fecha de aceptación: 31 de Octubre de 2016

1. Introducción

Los procesos históricos suelen generar o quedar asociados a formas artísticas, iconografías o narrativas ejemplares desde las cuales sus actores fundan (o pretenden fundar) una cierta legitimidad. En particular, en los procesos de cambio suele verse con mayor claridad el empeño para que unas pocas imágenes o palabras puedan aprehender aquello que sus propios protagonistas no logran expresar. De allí, por ejemplo, el famoso párrafo de Marx en el *Dieciocho Brumario*, cuando señala que los revolucionarios franceses necesitaban tomar sus imágenes, su estética, de la antigua república romana, así como Oliver Cromwell y los republicanos-puritanos tomaron sus imágenes del Antiguo Testamento. Para fundar su Imperio, Augusto encargó a Virgilio que escribiera *La Eneida* y creara un linaje divino para la dinastía julio-claudia; más sutil, Sarmiento conjeturó un monstruo bárbaro para justificar sus afanes civilizatorios.

Las cosas no son muy diferentes a escala subnacional o local. En lo que toca a las provincias de la República Argentina, es posible sostener que la relación entre política y estética depende, en buena medida, del rol que jugó cada región en tiempos de la Independencia y de las Guerras Civiles. Las catorce provincias originarias, que firmaron la Constitución de 1853, tienen sus propios héroes y villanos, sus épicas, sus símbolos, sus tragedias, sus cancioneros, sus artistas consagrados. Sin embargo, en los territorios nacionales –la Patagonia y el Chaco– la relación entre la producción estética y la política no se remite a los momentos fundacionales del Estado nacional sino, por lo general, al momento de las provincializaciones, ocurridas a mediados del siglo XX. La identidad nacional –si es que hay tal cosa– no puede darse por completa sino hasta el momento en que se incorporan las nuevas provincias creadas a partir de los antiguos territorios nacionales, cuyos habitantes eran, literalmente, ciudadanos de segunda, pobladores de colonias internas.¹ En el caso de Neuquén, que ahora nos ocupa, la producción estética con afanes identitarios comenzó a gestarse en coincidencia con el momento de la provincialización, decretada por el presidente Juan Domingo Perón en 1955, un acontecimiento que ha sido visto como fundacional para la construcción de la neuquinidad.²

¹ En tal sentido, Orietta Favaro sostiene: “hasta la década de 1950 no es posible afirmar que la Nación estaba formada, ya que por más de setenta años existían habitantes en casi la mitad del país que no gozaban de los mismos derechos sociales y políticos que los que se encontraban en las provincias”; Orietta Favaro, “¿Estado nacional o Estado nación? La Argentina a dos velocidades: provincias y territorios nacionales”, en Mario Arias Bucciarelli (Coord.) *Diez territorios nacionales y catorce provincias. Argentina, 1860/1950*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2012, p.19.

² Véase: Laura Mombello, “La mística neuquina. Marcas y disputas de provincianía y alteridad en una provincia joven”, en Claudia Briones (comp.), *Cartografías de alteridad*, Buenos Aires, Antropofagia,

Así, en el presente trabajo analizamos algunas manifestaciones estéticas en la disputa por el sentido de la identidad neuquina,³ o “neuquinidad”, surgidas en diferentes momentos a lo largo de casi cincuenta años: desde el momento de la provincialización del territorio nacional de Neuquén hasta el escenario posterior al asesinato del profesor Carlos Fuentealba, ocurrido durante una huelga docente en abril de 2007. Más en concreto, examinamos tres obras poéticas deliberadamente seleccionadas, a partir de las cuales pueden rastrearse los rasgos salientes de las identidades neuquinas en disputa. Se trata de una lucha –a veces abierta, a veces velada– por el sentido de pertenencia entre los sectores dominantes y otros sectores que son considerados como parte de una contracultura (extraña a los cánones más extendidos de la neuquinidad). Vemos, entonces, cómo la producción estética refleja la existencia de estos procesos identitarios –en los que se determina qué es lo mismo y qué es lo diferente, bajo qué rasgos se incluye a los miembros de ciertas agrupaciones y cómo se define quiénes quedan afuera– en una provincia de la Norpatagonia argentina, cuya edad institucional no llega a completar un siglo.

Al abordar el análisis de las obras que consideramos representativas, realizamos un doble movimiento: por un lado, *caracterizamos tres formas o modalidades de la neuquinidad*; y, por otro, proponemos una *periodización* para definir el momento de cada obra y la forma identitaria correspondiente. En este proceso, luego de fijar los contornos de una *neuquinidad primitiva*, expresada en “Neuquina” (1956), de Irma Cuña, ahondamos en la pugna entre una *neuquinidad oficial* –plasmada en “Regreso al ayer” (1981), de Marcelo Berbel– y una neuquinidad que surge desde los márgenes: la *neuquinidad*

2005, p. 125; y Norma García, “El lugar del pasado en la construcción de una identidad. Neuquén, 1966-1976”, en *Revista de Historia*, Neuquén, Universidad Nacional del Comahue, No. 11, 2008, pp. 137.

³ El tópico de las identidades constituye un espacio de indagación sumamente amplio y controvertido. Desde las identidades políticas hasta las identidades populares, desde la identidad asociada a ciertos atributos hasta la identidad como resultado de la acción o la narración, desde la identidad de clase hasta la identidad de género, las definiciones abundan, impregnando y tensionando diversos campos disciplinares y tradiciones teóricas. El presente artículo no pretende incursionar en las complejidades del concepto y puede leerse desde una acepción amplia y flexible de la identidad. Sólo a modo indicativo vale señalar, siguiendo a Szurmuk y Mckee Irwin, que la identidad constituye un “reclamo relacional” que está vinculado a “la producción de subjetividades tanto colectivas como individuales” y que ocupa el “territorio material y simbólico” que se abre a partir de “lo mismo y lo otro”. Véase: Mónica Szurmuk y Robert Mckee Irwin, *Diccionario de Estudios Culturales Latinoamericanos*, México, Siglo XXI, 2009, p. 138. También merece tenerse en cuenta la ya clásica afirmación de Taylor, en cuanto a que la identidad se define “en diálogo con las cosas que nuestros otros significantes desean ver en nosotros y a veces en lucha con ellas”. Véase: Charles Taylor, *El multiculturalismo y la “política del reconocimiento”*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p.63. Por último, y siempre a título orientativo, puede ser útil tener presente la definición de identidad política elaborada por Gerardo Aboy Carlés: “conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos”. Véase, Gerardo Aboy Carlés, *Las dos fronteras de la democracia argentina*, Rosario, Homo Sapiens, 2001. p.53.

alternativa o contestataria, retratada por Héctor Kalamicoy en “Introducción a un feo lugar” (2008). Decimos, en definitiva, a) que la *neuquinidad primitiva* corresponde al momento constituyente y, como tal, expresa un enclave utópico de armonía social; b) que la *neuquinidad oficial*, gestada desde el Estado, ya sea bajo gobiernos dictatoriales o del omnipresente Movimiento Popular Neuquino (MPN), expresa una identidad conservadora, reaccionaria, surgida como respuesta a la emergencia de las grandes luchas sociales, aferrada a una tradición patriótica impostada y, sobre todo, articulada en la lucha contra el enemigo no-neuquino: el otro al que no se le reconoce pertenencia a la neuquinidad; y c) que la *neuquinidad contestataria*, que corresponde a lo que se conoce como “contra-cultura de la protesta” –surgida en los años 1960 y consolidada en las puebladas de la comarca petrolera en los años 1990–, representa una nítida posición de clase y se manifiesta como reclamo permanente, como desafío constante a los poderes instituidos, y como horizonte igualitario y (variadamente) antisistémico que repudia tanto los símbolos como las prácticas de la neuquinidad oficial.

2. El momento constituyente y el “sueño primitivo”

La cuestión de las identidades territorianas y la transición hacia identidades provinciales es un capítulo particularmente interesante de los procesos culturales argentinos. Parece indisputable que el estatus de territorio nacional que detentaba buena parte de la geografía del país se extendió más de la cuenta y, especialmente, contra la voluntad de los propios pobladores de dichos territorios (de sus élites y del pueblo llano), a quienes se consideró, trató y, fundamentalmente, inscribió legalmente como cuasi-ciudadanos. No en vano hubo varios intentos fallidos por superar el estatus territorialiano de la Patagonia en la primera mitad del siglo XX.⁴ La experiencia de postergación, olvido, lejanía, subordinación, marginación, etc., fue tal que incluso hubo quienes denunciaron que el sur argentino constituía, en realidad, un conjunto de “colonias internas”.⁵

La tensión entre el centralismo y el deseo de autonomía se manifestaba con agudeza al

⁴ Susana Bandieri, *Historia de la Patagonia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2005, pp. 324 y ss.

⁵ *Ibid.*, p. 325. La noción de colonia interna se extendió más allá de la etapa territorialiana. En 1970, desde el diario *Sur Argentino* se sostenía que Neuquén no alentaba el separatismo, sino que simplemente quería “exigir un lugar junto al total de la argentinidad para eliminar las condiciones de colonia absurda en que se mantiene a este sector”; véase Laura Mombello, “La mística neuquina...”, *op. cit.*, p. 143. El 4 de junio de 2001, al cumplirse 40 años de la creación del Movimiento Popular Neuquino, uno de sus fundadores y cinco veces gobernador de la provincia, Felipe Sapag, decía lo siguiente en su “Carta a los Neuquinos”: “Nada ha sido fácil, ya que un centralismo voraz, que aún perdura, siempre ha considerado a la Patagonia como una simple colonia”; en Felipe Sapag, “Carta a los neuquinos. 40 años del Movimiento Popular Neuquino”; Ramón Martínez Guarino, *Felipe Sapag. El patriarca patagónico*, Buenos Aires, GEUM, 2004, p. 234.

interior de las élites territorianas, pero la oposición al dominio del gobierno federal se traducían también en “prácticas ciudadanas alternativas por parte de una sociedad heterogénea”, que demandaba autonomía y provincialización y, al calor de estas luchas, iba generando una creciente “conciencia ciudadana” y su correspondiente “esfera pública”.⁶ Por fin, setenta y un años después de que el presidente Julio Argentino Roca creara los Territorios Nacionales, el gobierno del presidente Juan Domingo Perón sancionó la ley 14.408, el 15 de junio de 1955, por medio de la cual se provincializaban dichos territorios (excepto Tierra del Fuego) y se inauguraba el proceso de creación de instituciones autónomas. Pero este derrotero estuvo marcado a fuego por la caída y la proscripción del peronismo, ocurridas pocos meses después de la provincialización de Neuquén. El régimen *de facto* autodenominado Revolución Libertadora (1955-1958) fue, entonces, el que dio marco a la discusión sobre el ordenamiento constitucional de la nueva provincia.

Con el peronismo proscripido, se realizó la elección de constituyentes neuquinos y la Convención comenzó a deliberar en agosto de 1957. La Constitución de la provincia de Neuquén, surgida en un escenario signado por la exclusión de importantes mayorías políticas (el voto en blanco ordenado por Perón desde el exilio resultó segundo en las elecciones a convencionales nacionales y provinciales), reflejó un precario equilibrio de fuerzas entre los partidos anti-peronistas. El resultado de la Convención, escenario de enconados debates, fue un texto propio del “constitucionalismo social” de mediados del siglo pasado,⁷ cargado de protecciones “desde la cuna hasta la tumba”, como lo expresaba el ideal del Estado de Bienestar que por entonces estaba en su apogeo.

En este escenario –repleto de tensiones políticas y trabajosos desarrollos para instituir un nuevo orden estatal–, comienza a esbozarse una identidad desde la poesía. Este primer borrador de una neuquinidad evoca tiempos ancestrales, posee rastros de la etapa territoriana y se inscribe nítidamente en una coyuntura fundacional. En efecto, uno de los primeros poemas que nos remiten a la noción identitaria de la “neuquinidad” es precisamente “Neuquina” (1956) de Irma Cuña (1932-2004), poeta nacida en la ciudad de Neuquén, doctora en Letras, integrante de la Academia Argentina de esa misma disciplina y discípula de Ezequiel Martínez Estrada. “Neuquina” contribuyó a fijar los contornos de la *neuquinidad primitiva* en 1956, exactamente un año después de la

⁶ Susana Bandieri, *Historia de la...*, op. cit., p. 333.

⁷ Mario Arias Bucciarelli; Alicia González y María Carolina Scuri, “La provincia y la política. Formación y consolidación del Estado neuquino (1955-1970)”, en Susana Bandieri, Orietta Favaro y María Morinelli, *Historia de Neuquén*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1993, p. 342.

provincialización y un año antes de que Neuquén dictara su primera Constitución.⁸ Si se quiere, Neuquén tuvo su poema fundacional antes de poseer una ley fundamental. El momento estético se anticipó al momento político⁹.

En “Neuquina”, Irma Cuña ve a Neuquén como un oasis en el desierto, arrasado por el “potente viento”, la arena y la piedra; es el “Arauco triste de su gente nueva”. Neuquén añora al indio, para quien Neuquén significa “audaz” y “atrevido”. Y aunque “el extranjero lo pobló de arados, / de frutales, de viñas y de álamos”, Neuquén “siguió soñando con las tribus”. En los versos de Cuña, Neuquén es un mundo de noches hondas, ríos, bardas, y un alma que busca “el secreto primitivo”; es al mismo tiempo “el salvaje furor del viento terco” y la “sonrisa del desierto”.¹⁰ La estetización del paisaje patagónico como “desierto” evoca la imagen romántica –sarmientina acaso–, según la cual sólo la barbarie puede habitar en los eriales. Pero el indio y sus tribus, en el discurso de Cuña, conviven sin violencia –civilizadamente– con el labriego que trae sus arados y frutales. El “secreto primitivo” que busca el alma neuquina no es otro que esa curiosa fusión de “alma aborigen y labriega”, ficción fundamental –“gente nueva”– que parte de la negación –o el olvido voluntario– de los horrores de la conquista. Así, en el exacto momento constituyente, la poeta ofrece un momento utópico de paz, un instante de armonía, una suspensión del tiempo. El pasado es sueño: sólo hay futuro y presente. Y no hay enemigos a la vista; sólo la naturaleza con su violencia salvaje, terca y furiosa aparece como una fuerza que debe ser domesticada –y ya lo ha sido en parte– por medio del trabajo pacífico de los labriegos.

A tono con los cánones del género utópico –en cuyo estudio Cuña se había especializado–, la poeta neuquina elabora aquello que Jameson denomina “enclave utópico”,¹¹ un

⁸ Gerardo Burton explica: “no es casual su apellido [Cuña]: ella introdujo una cuña entre la literatura del, llamémosle así, territorio, o de los territorios, y la época de la institucionalización de la región patagónica. Es una cuña entre lo regional y lo moderno o cosmopolita o universal de los finales del siglo XX y estos comienzos del siglo XXI. [...] cupó un lugar que debía ser ocupado en la literatura de la Patagonia, escrita por patagónicos y con la mirada patagónica que abandona, en forma definitiva, la mirada del otro, del extranjero, del ajeno, sea éste conquistador, pionero, turista o petrolero”; Gerardo Burton, “Irma Cuña: el balbuceo orante”, en Enriqueta Morillas (ed.) *InSURrgentes*, Neuquén, Limón, 2005, p. 42.

⁹ Si bien la poética de Cuña coincide en el tiempo con los primeros escarceos de aquello que luego será la neuquinidad oficial, su obra se diferencia claramente del programa político patriótico y castrense de la *Casa Neuqueniana*, fundada en 1950. Sobre el rol de los primeros “intelectuales” de la neuquinidad, ver: Norma B. García, “Intelectuales y políticos ¿roles en competencia? Neuquén 1950-1956. El inicio de un modo de relación”, mimeo.

¹⁰ Irma Cuña, “Neuquina”, en *Antología Poética*, Buenos Aires, Fondo Nacional de las Artes, 1996 [1956], p. 10. Al denominar esta forma de neuquinidad como “primitiva”, aludimos a lo primigenio, lo originario, lo primero, tomando como referencia la expresión “sueño primitivo” utilizada por Cuña.

¹¹ Fredric Jameson, *Archaeologies of the Future. The Desire Called Utopia and Other Science Fictions*, London, Verso, 2006.

momento estético-político que establece las coordenadas de una sociedad armoniosa, sin conflictos, casi sin historia. La neuquinidad definida en “Neuquina” –poema del que Cuña abjuró en sus últimos años puesto que había sido utilizado por los gobiernos provinciales para afirmar una identidad “parroquial, un localismo retrógrado, conservador, con inocultables tonos xenofóbicos”-¹², supone, entonces, un entorno natural hostil, una subjetividad que se sitúa en una encrucijada pacífica –donde se funden tradiciones e historias casi sin dejar rastros–, y un momento “primitivo” cuyo pasado es sólo un sueño. La violencia de la historia está borrada –o apenas insinuada en la imagen de un “Arauco triste” con gente nueva–; la única violencia explícita no es humana, porque es la violencia del viento. La única lucha que se libra en el enclave utópico es entre hombre y naturaleza, en el preciso momento en que las leyes traen por fin la paz perpetua para el género humano.

El poema de Cuña, cabe insistir, coincide con el momento de la conformación del Estado neuquino, y expresa las expectativas ante el porvenir que se está gestando. En sus versos, la guerra desatada contra los pueblos originarios se diluye en las bondades de la naturaleza, en la gran extensión territorial de la provincia norpatagónica, en sus ríos, valles, vientos y desiertos. Cuña expulsa el “salvaje furor” de la lucha política hacia el mundo natural, hacia el viento, para que el viento, que es “terco”, se lo lleve bien lejos. La poetisa, desde su enclave utópico, se dice neuquina y ofrece su identidad a quien quiera tomarla. Es un gesto estético de radical inclusión que funciona en paralelo a la radical exclusión política que se perpetra más allá (o más acá) del espacio utópico. En otras palabras: el poema ofrece una provincia de “gente nueva”, de ciudadanos políticos que gozan del cielo igualitario de las leyes; y condena el pasado tribal y los horrores de la conquista al mundo de los sueños.

Sin embargo, el sueño utópico y fundacional que acompaña a la provincialización de Neuquén se evapora en el vertiginoso proceso de la efectiva conformación del Estado provincial, durante el cual la racionalización del mundo de la vida produce ese casi inexorable desencanto que anticipó alguna vez Max Weber. El futuro soñado se pierde en los fríos planes de gobierno de quienes conducen el proceso político. Y el flamante orden constitucional dura menos de una década ya que, en 1966, el golpe de Estado denominado “Revolución Argentina” interrumpe el desarrollo institucional de la provincia y genera una nueva narrativa de la neuquinidad, esta vez “oficial”, anudada a los designios de los

¹² Fernando Lizárraga, “De Príncipes y Principejos”, en Enriqueta Morillas (ed.), *InSURrgentes*, Neuquén, Limón, 2005, p. 38.

gobiernos de turno.

3. La nostalgia impostada y el miedo al otro

En Neuquén, el poema de Irma Cuña fue lectura obligada en las escuelas primarias. Ya no lo es. La sosegada lírica de la gran poeta no sirvió a los planes del partido hegemónico en la provincia: el Movimiento Popular Neuquino, invicto en las urnas desde 1963 y confiable colaborador de todas las dictaduras militares. En su lugar, la neuquinidad pasó a estar representada, en gran medida, por la obra del folclorista Marcelo Berbel (1925-2003), quien en sus canciones procuró dar un cierto color identitario a Neuquén, realizando, entre otros rasgos, las raíces gauchescas –especialmente del interior de la provincia–, la lucha contra el centralismo porteño por el control de los recursos naturales, los elementos del paisaje adoptados como símbolos por el Estado –la araucaria o pehuén– y la derrota del pueblo mapuche que admite pasivamente que “el Remington”, “las leyes”, “el alambre y el fiscal, pueden más”.¹³

Prueba –de estilo hoggartiano– de que Berbel es efectivamente masivo y popular, es el hecho de que las principales radios de Neuquén no dejan de emitir su tema “Regreso al ayer”, y no hay persona en la provincia que no pueda tararear al menos sus primeros versos.¹⁴ La letra de esta canción nos introduce en el segundo momento de la neuquinidad. Con ritmo de vals y declarada “Canción del Centenario” de la ciudad de Neuquén por ordenanza 10150/04, Berbel garabateó este poema sentado en un banco de la céntrica Avenida Argentina, en algún momento entre 1969 y 1977, cuando residía en Buenos Aires y se encontraba de paso por la provincia. Este “Regreso al ayer” coincide precisamente con el período en el que se gesta y consolida lo que denominamos *neuquinidad oficial*.

A partir de un minucioso estudio sobre los orígenes y la fisonomía de la neuquinidad realizado por Norma B. García,¹⁵ puede decirse que lo que aquí llamamos *neuquinidad oficial* se constituyó como respuesta sistemática –patrocinada desde el Estado, ya sea bajo gobiernos *de facto* o bajo administraciones constitucionales– a los primeros escarceos de la contra-cultura de la protesta que –según veremos– está directamente asociada a la

¹³ Marcelo Berbel “Amutuy, soledad”, disponible en: <https://letras.com/hermanos-berbel/1871603> [Consulta 15 de mayo de 2015].

¹⁴ Sobre la obra de Marcelo Berbel, que con su carácter sólo aparentemente “despolitizador” contribuyó a la conformación de “modelos ‘oficiales’ que se presentaron como instrumentos de una sociedad paternalista”, y para comprender el rol de la emisora de radio LU5 como “mediadora expresiva de la neuquinidad”, véase: Norma B. García, “Radio, comunicación y política. Trazado de una articulación en el proceso de construcción de la neuquinidad. Neuquén, décadas del ’60 y ’70”, ponencia presentada las III Jornadas de Historia de la Patagonia, San Carlos de Bariloche, 5 al 7 de noviembre de 2008.

¹⁵ Norma B. García, “El lugar del pasado...”, op. cit., pp. 131-146.

neuquinidad contestataria. Según García, la noción de neuquinidad promovida desde el Estado constituye “el núcleo ideológico organizador del proyecto político del Movimiento Popular Neuquino, garante de la defensa y del estímulo de esa neuquinidad, la que se incorporará a su patrimonio ideológico”.¹⁶ En su condición de “mito”, esta neuquinidad “será base de un proyecto político y no sólo se impondrá como vehículo de conservación de una tradición, sino también de incorporación de nuevos sujetos al proceso de construcción y desarrollo de la provincia”.¹⁷

La neuquinidad oficial reconoce inicios bastante precisos. Comienza a configurarse con el golpe de Estado de 1966 liderado por el general ultramontano Juan Carlos Onganía, que derrocó al presidente constitucional Arturo Illia.¹⁸ La autodenominada Revolución Argentina, que enarbolaba valores tales como “orden, jerarquía y moralidad” y los “grandes principios de tradición occidental y cristiana”, estaba en perfecta sintonía con el Movimiento Popular Neuquino, cuya Carta Orgánica también declaraba, desde 1961, su pertenencia indubitable a esta misma tradición. La neuquinidad gestada durante el onganiato fue efectivamente un “programa cultural” concebido como “respuesta a la intensificación de la movilización social”, como también a la supuesta pérdida de legitimidad de las instituciones democráticas.¹⁹ Semejante empresa implicaba, entre otras cosas, articular los campos político e intelectual, recurrir a “intelectuales institucionalizados” y formular el “mito” en términos esencialistas. Así, con prácticas de aquello que Nietzsche denominó historia monumental (aunque los elementos disponibles eran más propios de una historia anticuaria), estos intelectuales debían inventar los hitos de un pasado glorioso, que se erigiera como “*un bastión contra la corriente del tiempo que arrastraba todo a las profundidades del olvido*”, y de este modo preservar la “esencia” del occidente cristiano.²⁰ En el período 1966-1976, entonces, se verifica un proceso de construcción de esa neuquinidad oficial,²¹ “una particular identidad” que

¹⁶ *Ibíd.*, p. 133; nuestro énfasis.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 133.

¹⁸ Norma B. García distingue dos momentos en el campo de lo que aquí denominamos “neuquinidad oficial”: el momento de la “institucionalización de la *neuquinidad*” (1950-1973) y el de la “partidización de la *neuquinidad*” (1973-2009). En este último período, la identificación MPN-neuquinidad comienza a ser disputada por Unión de los Neuquinos (UNE), un partido surgido desde organizaciones sindicales estatales, movimientos vecinales y partidos municipales. Véase: Norma B. García, “Neuquén como comunidad política. La *neuquinidad* situada: ingeniería social de una identidad disputada”, ponencia presentada en las 5tas. Jornadas de Historia de la Patagonia, Comodoro Rivadavia, 15 al 17 de abril de 2013.

¹⁹ Norma B. García, “El lugar del pasado...”, op. cit., p. 132.

²⁰ *Ibíd.*, p. 133; nuestro énfasis.

²¹ Desde 1966 a 1976 se alternaron gobiernos constitucionales y dictatoriales, pero las figuras del MPN estuvieron casi siempre presentes. En 1966, Felipe Sapag fue expulsado de la gobernación y en su lugar asumieron, como gobernadores *de facto*, Jorge Elizagaray y posteriormente Rodolfo Rosauer. En 1970,

funciona como “núcleo ideológico organizador” del MPN, partido que se arroga la defensa y garantía de la tradición local y se echa en hombros la misión de incorporar nuevos sujetos, siempre y cuando abracen el credo de la neuquinidad oficial.

Ahora bien, así como la infatigable modalidad represiva del MPN –en tanto partido burgués y partido del orden– es una respuesta sistemática a la existencia de la ya mencionada “contra-cultura de la protesta”,²² bien puede decirse que la neuquinidad oficial –como núcleo ideológico emepenista– no es otra cosa que una *neuquinidad reaccionaria*, que se consolida en oposición a la tercera forma de neuquinidad: la *neuquinidad contestataria*. Más aún, puede decirse que esta última es la forma identitaria que surge –o corresponde a– la *contra-cultura de la protesta*. Este fecundo concepto, acuñado por Ariel Petruccelli, remite a un entramado social que se caracteriza por su “talante progresista”, sus tendencias “izquierdistas e inclusive revolucionarias”, y que obedece a “la sólida implantación de un sindicalismo combativo y una militancia de izquierdas” sobre todo aunque no exclusivamente en Neuquén capital.²³ Conformada por militantes llegados desde otras provincias –y desde Chile en tiempos de persecución política–, por el catolicismo progresista, por el movimiento estudiantil de la Universidad Nacional del Comahue, por ciertos exponentes del periodismo crítico, por los organismos de Derechos Humanos, entre otros sectores, y forjada en las luchas que tienen como momento icónico la huelga de El Chocón (1969-1970), esta contra-cultura puede definirse a partir de sus prácticas y valores comunes. En palabras de Petruccelli:

A muy grandes rasgos [...], se puede decir que sus miembros comparten una serie de valores y de prácticas sociales: cierto anhelo de igualdad, una aspiración más o menos vaga de cambio social, un genérico ‘anti-imperialismo’, *la protesta y el reclamo vistos como un valor positivo*, una mirada crítica sobre el mundo y la sociedad en que viven, *la organización y la movilización populares convertidas casi en una forma de vida*, la importancia concedida a los derechos humanos, la oposición al MPN, cierta ‘conciencia de clase’, etc.²⁴

Sapag fue designado como gobernador por el dictador Onganía, y lo sucedió otro connotado emepenista, Pedro Salvatori, durante el restante período de la Revolución Argentina. En 1973, Sapag volvió a ser elegido por el voto popular y fue depuesto por el golpe de 1976.

²² Fernando Lizárraga, “Vicisitudes del Estado mínimo en la Norpatagonia argentina (Neuquén, 1999-2007)”, en *Iberoamérica Global*, Universidad Hebrea de Jerusalén, vol. 4, n. 2, 2011, p. 227; Fernando Lizárraga, “La justicia social en el discurso del Movimiento Popular Neuquino”, en Orietta Favaro y Graciela Iuorno (eds.) *La trama al revés en años de cambio. Experiencias en la historia argentina reciente*, General Roca, Publifadecs, 2013, pp. 129-130.

²³ Ariel Petruccelli, *Docentes y piqueteros. De la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral Có*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto/El Fracaso, 2005, pp. 21-23.

²⁴ *Ibíd.*, p. 22; nuestro énfasis.

Hay amplia coincidencia en que los orígenes de esta contra-cultura pueden rastrearse hacia principios de los años 1960, y en particular hacia la tarea pastoral del primer obispo de Neuquén, Jaime De Nevares, instalado como tal en 1961.²⁵ Las acciones del obispado hicieron posible la articulación de grupos sociales que “confrontaban con las estructuras de poder” y de allí se configuraron “prácticas político-identitarias” que delinearon “otros trazos de la historia”.²⁶ Estos otros trazos incluyen, especialmente, al pueblo mapuche, ya no como rasgo exótico o mera curiosidad folclórica –tal como lo pretendía el relato oficial basado en los escribas del Ejército–, ni como evocación de un sueño utópico y ancestral, como se advierte en la plácida poesía de Irma Cuña.

Ante las heterodoxas interpretaciones del pasado surgidas de esta contra-cultura, la respuesta oficial, entonces, fue la reactivación de la Junta de Estudios Históricos (JEH), para confrontar, entre otras cosas, con el “revisionismo [...] izquierdista”. Con académicos de la Universidad de Neuquén, oficiales del Ejército y personal de la Dirección de Museos y de la Casa Neuqueniana –presidida por Gregorio Álvarez– la dictadura de Onganía promovió la constitución del núcleo de “intérpretes y custodios [del] acervo histórico” neuquino, encargados de lograr “el monopolio de la producción histórica legítima”.²⁷ Sin medias tintas, la JEH se propuso disputar el monopolio hermenéutico, ese del que debe gozar el Leviatán si es que quiere ser Leviatán. En rigor, este armado reaccionario propiciaba, en el contexto dictatorial de la Revolución Argentina, un “espíritu refundacional” dirigido a frenar las “transfiguraciones amenazadoras”²⁸ que disputaban el campo de las interpretaciones consagradas.

Así, en el contexto de ascenso del conflicto social de finales de los años ‘60, la JEH reafirmó su convicción de que el enemigo a vencer era el comunismo. Durante el tercer peronismo, el gobierno nacional designó como rector interventor de la Universidad Nacional del Comahue (hasta 1971 Universidad del Neuquén) a uno de los más conspicuos miembros de la JEH: José Güemes, quien no titubeó al fijar su objetivo: “voy al Comahue a cortarle la cabeza a la víbora marxista que se ha instalado allí”.²⁹ Por consiguiente, la *neuquinidad oficial* no fue –ni es–, como suele decirse, una creación

²⁵ Norma B. García, “El lugar del pasado...”, op. cit., pp. 134-135; Laura Mombello, “La mística neuquina...”, op. cit., pp. 138-139.

²⁶ Norma B. García, “El lugar del pasado...”, op. cit., p. 135.

²⁷ *Ibíd.*, p. 137.

²⁸ *Ibíd.*, p. 137.

²⁹ *Ibíd.*, p. 144, n. 28. Ver también: José Echenique, “El movimiento estudiantil universitario del Comahue (1969-1976)”, en Orietta Favaro (Coord.), *Sujetos sociales y política en la historia reciente de la Norpatagonia argentina*, Buenos Aires, La Colmena, 2005, cap. 9.

dirigida contra el centralismo porteño ni contra alguna facción interna del partido, sino contra el auténtico enemigo interno que no se doblega ante las disciplinas emepenistas; esto es, contra la “víbora marxista”. El miedo al otro –al radicalmente otro– es constitutivo de la neuquinidad oficial. Y en Berbel el miedo está a flor de piel.

También escrito en primera persona, como “Neuquina”, la canción de Marcelo Berbel, “Regreso al ayer”, introduce una nostalgia precoz. La ciudad de Neuquén tiene muy pocos años y ya emerge un pasado que reclama recuerdos: un pasado que vale la pena evocar, y que corresponde a ese momento utópico descrito por Cuña. Los primeros versos del poema de Berbel, todo neuquino lo sabe, dicen:

Andando estas calles me veo tan solo / mirando asombrado otro amanecer / *no conozco a nadie, nadie me conoce* / todo está distinto Ciudad de Neuquén. / Tal vez sea más linda, pero te repito / todo está distinto Ciudad de Neuquén.³⁰

En aquellos años Neuquén ya se había convertido en un hervidero, muy distinto al silencioso oasis labriego descrito por Cuña. A finales de los años ‘60, como ya apuntamos, se había producido la huelga de El Chocón, momento fundacional de la contra-cultura de la protesta. Estas grandes obras hidroeléctricas (El Chocón-Cerros Colorados, Piedra del Águila, etc.), sumadas a la expansión de la industria hidrocarburífera, habían generado un masivo flujo migratorio desde otras provincias. De repente, Neuquén se transformaba en el principal polo urbano, económico, financiero y productivo de la Norpatagonia.

En medio del cambio vertiginoso y del creciente conflicto social, Berbel tiene un gesto típicamente conservador: se inquieta, y desea regresar al ayer. Se siente solo y desamparado ante el cambio (“todo está distinto”) y ante el anonimato (“no conozco a nadie, nadie me conoce”). Evoca entonces un pasado de calles de tierra, noches tranquilas y serenatas. El paisaje que Berbel añora ya no es el desierto feroz descrito por Cuña; el único desierto ahora es el de su soledad en un paisaje urbano que se modifica con la violencia del “progreso”. Hubo un tiempo de alambrados, cipreses, acequias, aguas cantarinas, lluvias en la cara, pero la ciudad se devoró al paisaje. Canta Berbel: “Las bardas estaban tan lejos del centro / Y nos perfumaban con su jarillal / de un río hasta el otro la sola distancia, / médanos y chacras, hoy todo ciudad. / Había un caminito y yo

³⁰ Marcelo Berbel, “Regreso al ayer”, en Concejo Deliberante de la Ciudad de Neuquén, Ordenanza 10150/2004. Disponible en: http://www.cdnqn.gov.ar/inf_legislativa/digesto/digesto/ordenanzas/10150.htm [Consulta 15 de mayo de 2015].

recorría / médanos y chacras, hoy todo ciudad”.³¹ Así, Berbel –cuya estatua está emplazada donde, según es fama, compuso esta letra (frente al edificio del Banco Provincia, y cerca de una modestísima fuente llamada Cibeles, en la Capital provincial) – inventa un pasado donde la naturaleza y la ciudad se hallaban en armonía, donde la gente – ¿la “gente nueva” de Cuña?– se conocía una con otra, donde el ritmo de la vida coincidía con el ritmo de la lluvia y las acequias. En la poética de Berbel el viento de la estepa no aúlla, ni molesta; lo que molesta son los vientos del cambio.

Por eso, en el estribillo, Berbel canta, desgarrado: “Me alegra verte vida y progreso / me alegra tu tiempo y la luz, / aunque las flores que hay en la plaza / no tienen aquel color / y hasta me entristecen las nuevas veredas / borrando los pasos de mi juventud” (Berbel, 2004). El impulso modernizador –propiciado por el propio MPN– produce en el poeta un desconcierto bipolar: alegría y tristeza frente al progreso, que construye y destruye. El paisano Berbel desconfía del progreso burgués; el burgués Berbel sabe que es inevitable el ocaso del jarillal. No parece haber adversarios a la vista en el poema de Berbel, pero está claro que el antagonista no puede ser nombrado: es el lado conflictivo del progreso; son esos rostros anónimos que él no conoce y no lo conocen a él; son los rostros de aquellos que, en tiempos en que Berbel compone sus versos, protagonizan las grandes huelgas y la creación de esa cultura inconformista que prohió episodios de lucha social paradigmáticos en la historia argentina. Los “otros” en Berbel no tienen nombre, ni cara; son “nadie”, no son conocidos, no pueden ser reconocidos.

La poética berbeliana está en perfecta sintonía con la concepción de la *neuquinidad oficial* forjada por la JEH, bajo los auspicios del Movimiento Popular Neuquino y las frecuentes dictaduras. Se trata de esa identidad de fuertes tonalidades localistas, con retórica federalista y anti-centralista, asociada a los pilares de la civilización occidental y cristiana, amante del orden, la disciplina, la familia, la patria, los símbolos; es esa identidad profundamente macartista y de claros rasgos xenófobos, según la cual todo lo neuquino es MPN y el MPN es lo único neuquino. Así, quien no obedece a las directivas del partido provincial, quien lo hostiliza, es condenado al espacio de la otredad absoluta, a la nada misma, a la “no-neuquinidad”: “[l]os demás, los revoltosos, los rebeldes, los insumisos, los que no son del MPN, [...] son de afuera”.³² La carta de ciudadanía neuquina se obtiene a partir de la adhesión al credo emepenista. En efecto, con su estremecimiento ante el progreso, la agudización de los conflictos sociales y la irrupción de levantiscos sujetos en

³¹ *Ibíd.*

³² Fernando Lizárraga, “Ni tan popular ni tan neuquino”, en *Periódico 8300*, N°23, Neuquén, junio de 2007.

el calmo vecindario pueblerino –donde ya le causan repulsión hasta las nuevas veredas y le es desconocido el color de las flores–, Berbel reproduce la tajante división entre neuquinos y no-neuquinos que anida en el centro de la concepción oficial de la neuquinidad. Al interior del MPN –y aunque haya fingido cierto aire renovador en sus comienzos– fue el sector del tres veces gobernador Jorge Sobisch quien con mayor esmero articuló esta escisión en los momentos cruciales de la protesta social, desde la crisis de 2001 hasta la huelga docente de 2007 en la que fue asesinado el profesor Carlos Fuentealba a manos de la policía provincial.

La división neuquinos/no-neuquinos equivale a la clásica díada schmittiana amigo/enemigo.³³ En efecto, en sus doce años de gobierno “Sobisch declaró enemigos a todos los ‘otros’ que se le oponían ‘existencialmente en un sentido particularmente intensivo’ [...] A esos otros-enemigos, Sobisch contrapuso, casi como un mantra, el ideograma de la neuquinidad, un término difuso pero efectivo a la hora de nombrar a los amigos (los neuquinos)”.³⁴ Al igual que Berbel, Sobisch se sentía perturbado por la heterogeneidad, por la falta de uniformidad y de orden, y por eso proclamaba que “el pueblo es sólo uno, el de los neuquinos”.³⁵ Así, según esta lógica binaria, los auténticos neuquinos son aquellos nacidos y criados, o bien aquellos integrantes de una mayoría silenciosa que quiere la paz y el bienestar, que defiende su tierra, que quiere trabajar, honrar las tradiciones y respetar las instituciones. Los otros, los sin rostro, los no-neuquinos son, lisa y llanamente, el mal; son minorías intolerantes que siembran la anarquía, vienen de más allá de la fronteras de la feliz aldea de los neuquinos, son violentos y haraganes, desprecian las tradiciones y, por supuesto, no obedecen a las instituciones. El gobierno de los neuquinos es audaz, hacedor y asegura el orden; en cambio, las organizaciones políticas de los no-neuquinos son el camino a la anarquía.³⁶ Berbel, bardo del MPN, es un poeta del orden (aunque no inequívocamente un defensor del progreso) y es el primero en olfatear que los orcos ya están en la comarca.³⁷ El poema de Berbel, entonces, expresa la esencia profundamente conservadora del partido provincial de Neuquén, un partido burgués y partido del orden, que se ha moldeado como

³³ Fernando Lizárraga, “Sobisch, la neuquinidad y la construcción del enemigo absoluto”, en Orietta Favaro y Graciela Iuorno (comps.), *El ‘arcón’ de la Historia Reciente en la Norpatagonia argentina: Articulaciones de poder, actores y espacios de conflicto, 1983-2003*, Buenos Aires, Biblos, 2010, pp.34 y ss.

³⁴ *Ibíd.*, p. 36.

³⁵ *Ibíd.*, p. 36.

³⁶ *Ibíd.*, p. 42.

³⁷ Con toda su aparente inocencia, “Regreso al ayer” trae ecos de los tiempos del macartismo y de una de sus metáforas filmicas más logradas: *Invasion of the body snatchers* (1956), dirigida por Don Siegel.

respuesta de clase a las luchas sociales cuya identidad es la *neuquinidad contestataria*.

4. Una fea ciudad de la furia

La neuquinidad oficial, concebida como reacción hacia esos otros revoltosos –esos nadie que no conocen a Berbel y a quienes Berbel no (re)conoce–, también experimentó algunas fisuras al calor de las internas del Movimiento Popular Neuquino. En el período 1987-1991, el partido se retorció con el surgimiento de líneas antagónicas, algo inédito en la monolítica estructura emepenista, y en este marco “[s]e fueron cuestionando las referencias simbólicas dominantes tradicionales, tales como las ideas de federalismo, neuquinidad, etc., en tanto anclajes hegemónicos de marcos interpretativos”.³⁸ Sin embargo, la contraofensiva en la disputa interna no se hizo esperar: la ortodoxia, encarnada en el gobierno de Pedro Salvatori, dispuso –por ejemplo– la creación del himno y la bandera provinciales,³⁹ en un intento de profundizar la neuquinidad oficial. Pero si bien la interna partidaria puede haber sido un disparador de esta respuesta, el verdadero motivo de la afirmación de la neuquinidad emepenista era la presencia, cada vez más fuerte, de esa neuquinidad alternativa o contestataria.

En rigor, la mayor embestida contra la neuquinidad oficial no llegó desde la interna del MPN, sino desde uno de los episodios que configuró un punto de inflexión en el ciclo de resistencias al neoliberalismo de los años 1990 y que contribuyó a consolidar las formas y prácticas de la contra-cultura de la protesta. Se trata de las puebladas de Cutral Co y Plaza Huincul de 1996 y 1997. Aunque todo comenzó como una revuelta contra el quinto gobierno de Felipe Sapag (1995-1999) por haber frenado la instalación de una fábrica de fertilizantes, rápidamente se pudo advertir que estaba dirigida contra los efectos devastadores de la privatización de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), impulsada en 1992 por el presidente Carlos Menem, con el apoyo entusiasta del gobernador Sobisch. Para entonces, las narrativas en pugna estaban claramente definidas, en campos antagónicos que, de todos modos, compartían elementos comunes, ordenados y resignificados según la lógica de cada campo. Tanto en la retórica emepenista como en el discurso de la *neuquinidad contestataria* se podían advertir diversos elementos tomados “del mundo mapuche, del mundo inmigrante de principios del siglo XX (los ‘pioneros’), los relacionados al descubrimiento y explotación del petróleo, o a una activa participación

³⁸ Norma B. García, “Cuando la fortaleza del consenso es interrumpida: la reconfiguración de la relación estado, sociedad, partido. Neuquén, 1987-1991”, en *PolHis. Revista del Programa Interuniversitario de Historia Política*, Año 7, No. 13, Mar del Plata, UNMdP, 2014, p.168.

³⁹ *Ibíd.*, pp. 179 y ss.

ciudadana a favor de los derechos humanos”.⁴⁰ Como vimos en el caso de “Neuquina”, la *neuquinidad primitiva* evoca un universo mapuche que convive con las proezas agrícolas de los pioneros, en un paisaje donde lo único feroz es el viento. La *neuquinidad oficial*, empero, folcloriza el mundo indígena, exalta a los pioneros –sobre todos si son “nacidos y criados” en la provincia– y reafirma el reclamo sobre los recursos naturales (en una relación ambigua con la actividad petrolera, controlada por el Estado nacional). La *neuquinidad contestataria*, en cambio, suma la identidad ypefiana a sus elementos ya consolidados, como valor de una cultura proletaria dispuesta a resistir. Y esto se hizo plenamente visible en Cutral Co, donde se pudo “comprender cómo se enhebra en esos procesos [político-institucionales] la construcción de provincianía y alteridad de la cual [...] la propuesta contra-hegemónica también es constitutiva”.⁴¹

De este modo, en un escenario completamente novedoso –con veinte mil personas sosteniendo un corte de ruta en el acceso a las ciudades petroleras– se sumó la presencia de organizaciones inscriptas en la contra-cultura de la protesta, que por aquel entonces se expresaba concretamente como una “multisectorial”. Eran los sectores que, como vimos, habían desarrollado una cultura contestataria, al influjo de la temprana intervención de la Iglesia Católica como catalizadora de narrativas y prácticas alternativas. “Conformadores de la multisectorial” –alega Laura Mombello– “estos sectores adquirieron un protagonismo importante en la esfera pública durante los ‘80 y los ‘90. Sin embargo, en el relato de sus protagonistas, la dinámica de la multisectorial tiene también su historia”⁴², que se remonta, por lo menos, hasta el Choconazo. En un testimonio recogido por la autora, una experimentada activista recuerda que ya sobre finales de los ‘60 había militantes que a su vez tenían “coordinación con grupos sociales interesantes, **como siempre, como es Neuquén**”.⁴³ Esta otra “forma de ‘ser Neuquén’ que toma distancia de la que propone el oficialismo”⁴⁴ es, en verdad, el único bloque realmente opositor al MPN, ya que los partidos tradicionales y nuevos se hallan cómodos en su lugar de opositores sin vocación de poder. La *neuquinidad contestataria*, entonces, expresa (y se expresa en) la contra-cultura de la protesta, y su “fuerza simbólica”, dice Mombello refiriéndose a la multisectorial presente en Cutral Co, “se asienta en aparecer en la arena política local como expresión de los referentes históricos de la lucha por la democracia y la justicia y,

⁴⁰ Laura Mombello, “La mística neuquina...”, op. cit., p. 126.

⁴¹ *Ibíd.*, p. 126.

⁴² *Ibíd.*, p. 135.

⁴³ *Ibíd.*, p. 135, negritas en el original.

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 135.

al mismo tiempo, por proponer estos baluartes como elementos constitutivos de la identidad provinciana”. Y agrega: “[U]no de los elementos que se refiere como característico de la neuquinidad es la movilización social, expresada especialmente *a través de la ‘costumbre’ de la sociedad civil de participar de las manifestaciones callejeras*”.⁴⁵ En el “Prefacio a la segunda edición” de *Docentes y Piqueteros*, Ariel Petruccelli, creador del prolífico concepto de “contra-cultura de la protesta” define con precisión las prácticas características de este espacio. Conviene citar *in extenso*:

Al sostener que existe en Neuquén una cultura de la protesta quería precisamente indicar que existe un segmento social para el que este tipo de participación es algo relativamente cotidiano, tanto si sus integrantes se consideran a sí mismos de izquierdas, como si no lo hacen. Y es esta cotidianeidad, precisamente, lo que da a la participación en las acciones de protesta un sentido peculiar: la protesta no es meramente algo que se *hace*, sino algo *constitutivo* de la propia identidad. Para los miembros de esta configuración cultural la lucha social no es algo que *hacen*, más bien es lo que *son*. [...] [L]a participación en esas acciones es algo que los constituye, su participación está determinada en gran medida por una racionalidad de los *valores*, antes que una racionalidad de los *medios* adecuados a los fines. Como parte de ese entramado cultural, no dudo en afirmar: así como los cristianos van a misa, nosotros vamos a las movilizaciones.⁴⁶

La movilización callejera como acción que constituye una identidad, como expresión de valores antes que como un simple medio para fines determinados, es la misa profana de la *neuquinidad contestataria*.⁴⁷ Y esta neuquinidad encuentra una de sus manifestaciones estéticas más elocuentes en un poema revulsivo, herético e iconoclasta, que hace añicos la nostalgia idílica de Berbel y trae al proscenio a la lucha de clases, ausente sin aviso en las estéticas de Cuña y del folclorista favorito del MPN. En 2008, en el marco del Plan Nacional de Lectura, se premió y publicó un conjunto de poesías del joven poeta Héctor Kalamicoy (1978-). Varios miles de ejemplares se distribuyeron en las escuelas de la provincia. Y muy pronto estalló el escándalo, puesto que Kalamicoy no sólo criticaba radicalmente las condiciones del transporte público en el Alto Valle (su poema “Cómo te

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 138, nuestro énfasis.

⁴⁶ Ariel Petruccelli, “Prefacio a la segunda edición”, en Ariel Petruccelli, *Docentes y piqueteros. De la huelga de ATEN a la pueblada de Cutral Có*, Neuquén, Ediciones con doble zeta, 2015, p. 36.

⁴⁷ Un testimonio recogido por Mombello durante la primera pueblada de Cutral Co es muy elocuente sobre esta costumbre de protestar. Dice un entrevistado refiriéndose al modo de lucha que habían adoptado: “*así somos los neuquinos, salimos a las calles*”; en Laura Mombello, “La mística neuquina...”, *op. cit.*, p. 139; nuestro énfasis.

quiero Ko-Kó” es un grito de indignación contra la empresa de ómnibus que recorre la región), sino porque se atrevía a criticar al mismísimo Berbel, a cuya voz calificaba como “impostura de piñón / que nunca comías, preferías el chivito”.⁴⁸ El alboroto, decíamos, fue de proporciones insospechadas, hasta el punto que la propia Legislatura provincial, por iniciativa del MPN, repudió la obra de Kalamicoy. Luego los diputados nacionales del MPN hicieron lo propio ante la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados de la Nación y todo concluyó en una resolución que pedía el retiro de los ejemplares del libro maldito de todas las escuelas de la provincia de Neuquén.

Entre los poemas de la discordia figuraba aquél que daba título a la colección: “Introducción a un feo lugar”, en el cual vemos recortarse –en un lenguaje que no hace concesiones a los buenos modales– el inconformismo visceral, la protesta activa, la violencia social nacida de una provincia que, hacia 2007, experimentaba los estragos de una monumental desigualdad social, potenciada, en este caso, por la coexistencia de redes de protección social cada vez más precarias y una industria petrolera de salarios suculentos. En Neuquén, donde se había re-creado el piquete y la pueblada, un profesor –Carlos Fuentealba– había sido asesinado durante una huelga docente apenas un año antes de que Kalamicoy publicara su alarido. Así, en la voz de Kalamicoy asoma esa otra forma de la neuquinidad, que no es la oficialista (en este punto decir oficial u oficialista es lo mismo dado que el MPN gobierna, como dijimos, sin pausa, desde la década del ‘60), sino que está asociada a la contra-cultura de la protesta.

El paisaje que habita la poética de Kalamicoy está arrasado por un “fino viento” que lo tiene “definitivamente loco”; hay arañas y cucarachas que acarrear las “pequeñas partículas de mierda” hacia el “pan duro que [el poeta come] a diario”. Las mañanas del poeta-proletario son horribles en Neuquén; el sitio le despierta “siniestras pesadillas”, “jamás sueños”. En Neuquén “nunca hay agua”; hay, sí, “grandes cuatro por cuatro”, “bellas mujeres rubias [...] que destilan perfumes de riqueza / y comen productos para mejorar su tránsito lento / que comen productos para poder cagar como / caga la mayor parte de la gente / que gasta su triste culo proletario en bicicleta buscando una tranquilidad que / con el trabajo duro no se logra”.⁴⁹ Neuquén, protesta Kalamicoy, tiene un *Walmart* que vende sueños, un “cristote de madera” que agoniza en una barda; una “impresentable

⁴⁸ Héctor Kalamicoy, “¡Oh poeta! (homenaje a Berbel)”, en Héctor Kalamicoy, *Introducción a un feo lugar*, Buenos Aires, Ministerio de Educación de la Nación, 2008, p. 3. El piñón es el fruto del pehuén, árbol autóctono de la cordillera norpatagónica. Constituye un elemento clave en la dieta de los pueblos originarios de la región. Kalamicoy alude, con brutal ironía, a la canción “Piñonero”, compuesta por Berbel.

⁴⁹ Héctor Kalamicoy, “Introducción a un feo lugar”, en *Introducción a un feo lugar*, Buenos Aires, Ministerio de Educación de la Nación, 2008, p. 1.

banderota” argentina que flamea en lo alto del morro; Neuquén es, en pocas palabras, un “¡puto lugar seco en crecimiento!”.⁵⁰

Con excepción de un poema anónimo que circuló por Internet en 2001, uno de cuyos versos decía: “Neuquén es 4x4 / te hace señas para que pases en el centro / y en el barrio te tira la camioneta encima”, no ha habido una descripción tan cruda, despiadada y sociológicamente precisa como la de Kalamicoy. El incesante viento estepario ya no es una fuerza exterior, como en Cuña; ni una inexplicable ausencia, como en Berbel; el viento para Kalamicoy es la locura misma, el portador del excremento que está obligado a comer sobre el duro pan cotidiano. Neuquén es vista como lo que es: una de las sociedades más desiguales de la Argentina,⁵¹ cuyas clases sólo comparten el sueño consumista que venden algunos *retailers* internacionales. Un patriotismo exagerado en forma de banderota; una religiosidad toscamente explícita con forma de un Cristo de madera, crucificado sobre dos caños de petróleo clavados en la cima de una barda; avidez de belleza de algunas mujeres sospechosamente rubias: todo esto es el Neuquén que le da náuseas al furioso sujeto proletario que habla en el poema de Kalamicoy.

A diferencia de cierto posmodernismo que se escabulle para no mirar al presente cara a cara, de cierta estética que elige al pastiche para no vérselas con el hoy,⁵² Kalamicoy se lleva por delante a su tiempo, y ahí observa lo que la neuquinidad oficial no ve (y que no podía ver Cuña, ni quería ver Berbel): la lucha de clases, que es constitutiva para la dinámica de las identificaciones neuquinas. Ruge Kalamicoy:

Neuquén es un lugar cálidamente hostil / donde albañiles con las rodillas gastadas / escupen piropos a oficinistas / tan duramente explotadas como ellos y que / sueñan con el concubinato a los veinte [...] Neuquén de los humos de las / tomas y de los saqueos / cada vez que la tradición de dinosaurios y / aborígenes de un pasado glorioso de tan solo cincuenta años / mal vividos en una meseta con un poco de petróleo / se desvía en una piedra contra las vidrieras / de los comercios del bajo. [...] Y Neuquén / de las cervezas

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 2.

⁵¹ Investigadores de la Facultad de Economía y Administración de la Universidad Nacional del Comahue han realizado un análisis multidimensional de ingresos familiares para el período 2004-2014. Uno de sus resultados más salientes indica que “para el año 2014 se registra que el 47% de la población neuquina es de clase baja y la brecha entre los dos niveles de ingresos extremos es de 40 veces. En otras palabras las familias de clase baja tienen un ingreso cuarenta veces menor que una familia de clase alta”. Ver: “Docentes de la UNCo investigaron sobre: ‘Los estratos sociales en Neuquén según los niveles de ingresos de las familias’”, disponible en <http://prensa.uncoma.edu.ar/index.php/es/8-principal/5794-docentes-de-la-unco-investigaron-sobre-los-estratos-sociales-en-neuquen-segun-los-niveles-de-ingresos-de-las-familias> [Consulta 11 de abril de 2016].

⁵² Fredric Jameson, *El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1998*, Buenos Aires, Manantial, 1999, pp. 18 y ss.

tibias, / ya que siempre hay treinta miserables / esperando antes que yo / por un poco de bebida fría para olvidar / la escasa vida de este triste lugar.⁵³

Pronunciada desde la otra neuquinidad, “la escasa vida” nos remite nuevamente al desierto, pero no por añoranza de un pasado en el cual la árida estepa aparece yuxtapuesta a las tribus, los labriegos, las acequias y los ríos (como en los momentos pintados por Berbel y Cuña), sino porque, en verdad, se trata de un lugar hostil, desesperadamente seco, donde nada bueno crece (ni puede crecer). Kalamicoy se burla del pasado imaginario urdido por el MPN, la JEH y sus poetas oficiales: un “pasado glorioso de tan sólo cincuenta años / mal vividos en una meseta con un poco de petróleo”. Y se extasia cuando observa que esa “tradición de dinosaurios y aborígenes” (dóciles), harta del malvivir de todos los días, se metamorfosea en saqueos o toma de tierras. Es que en esa tradición fabricada por el Estado y sus bardos a sueldo se esconde una furia, pero no en el viento, como la percibía Cuña, ni en el progreso, según temía Berbel, sino en los cuerpos y almas de los miserables que todos los días comen pan reseco con “partículas de mierda” y hacen cola para tomar una cerveza fatalmente tibia.

El apacible relato fundacional de Cuña y la –sólo aparentemente inocente– nostalgia de Berbel se desmoronan frente a la brutal poética de Kalamicoy, cuyo estilo desafía y denuncia los fundamentos de la neuquinidad oficial, y expresa, desde un lirismo feroz, a esa contra-cultura de la protesta que también es neuquina pero aparece como no-neuquinidad cuando es estigmatizada –o directamente negada– por la neuquinidad oficial. Desde el lugar del proletario y del miserable, Kalamicoy instala una estética asociada a la lucha de clases, que no es arte por el arte mismo –propio de ciertas vanguardias– ni es el pastiche posmoderno que envuelve como mortaja al sujeto moderno. Neuquén ya no es la “sonrisa del desierto” que imaginaba Cuña; ni esa ciudad “más linda” habitada de ominosos desconocidos que veía Berbel; desde la protesta Kalamicoy nos dice, irrefutablemente, que éste es un interminable campo de batalla en “un feo lugar”.

Consideraciones finales

Hay, en definitiva, no una sino tres neuquinidades o tres variantes de una misma identificación con ese mito llamado “Neuquén”, cada cual con una épica distintiva, con combinaciones particulares de elementos muchas veces similares. La primera, la *neuquinidad primitiva*, tiene su punto de origen o momento fundacional en el contexto de

⁵³ *Ibíd.*, pp. 1-2.

la provincialización del territorio nacional y en los prolegómenos de la sanción de la Constitución Provincial. Su expresión estética es el poema “Neuquina” de Irma Cuña, escrito en 1956, el cual refleja, en buena medida, aquello que –siguiendo a Jameson–, hemos denominado “enclave utópico”. La poética de Cuña se rodea de un tiempo de armonía entre los hombres –entre indios y campesinos–, en un oasis en el desierto apenas amenazado por ese viento incesante que es potente, terco y salvaje. Neuquén tiene nostalgia por el indio y sueña con las tribus, pero nada de esto denuncia los estragos de la conquista ocurrida apenas pocas décadas antes de que Cuña escribiera esos versos. En el momento en que se redacta la Constitución de Neuquén –y las constituciones suelen ser producciones utópicas– Cuña genera una primera identificación: el alma provincial es, sin conflicto, aborígen y labriega. El cielo poético de Cuña se asemeja al cielo político de igual ciudadanía que imaginan los constituyentes neuquinos (aunque estos bien saben que no todos son iguales en el lodazal de la sociedad civil y que el universal de ciudadanía, en este caso, excluye deliberadamente a una de las grandes mayorías: el peronismo está proscrito). Toda construcción utópica se hace con elementos del presente, e incluso con el pasado que pervive en el presente: de allí que las nostalgias y sueños de Cuña remitan a la identidad territoriana (de la cual no nos hemos ocupado ni hemos buscado denominar). En la placidez de la poética de Cuña, en suma, se expresa la paz del enclave utópico en el momento constituyente; la furia es expulsada hacia afuera, hacia el viento terco y salvaje. El antagonismo es primitivo: hombre-naturaleza.

La segunda forma es la *neuquinidad oficial*, que se gesta desde el Estado provincial durante la dictadura de Onganía y es asumida y profundizada en todos sus términos por el Movimiento Popular Neuquino (cuyos principales dirigentes colaboraron diligentemente con los gobiernos *de facto*). Se trata de una repuesta sistemática y reaccionaria ante los primeros esbozos de lo que hemos denominado *neuquinidad constestataria*, forma de identidad asociada a la contra-cultura de la protesta. Así, la neuquinidad oficial se caracteriza por su adhesión a los valores de la tradición occidental y cristiana; por su defensa de la narrativa de la Conquista del Desierto como acción civilizatoria; por su folclorización del mundo indígena; por su retórica federal y anti-centralista; por su afirmación de los valores esenciales de los “nacidos y criados” quienes vienen al mundo dotados de una “personalidad regional” inherente; por su profundo parroquialismo que no aspira a lo universal (como sí lo hace, al menos, la ciudadanía multicultural de Cuña). Pero lo decisivo, lo que constituye a la *neuquinidad oficial* es el miedo al otro (radicalmente) diferente y, en particular, el temor –que se traduce en

disposición de lucha a muerte— frente a la “víbora marxista”, que debe ser decapitada. Para la neuquinidad oficial, el otro diferente es el enemigo schmittiano: el que debe ser eliminado. La canción que todos los neuquinos conocen, “Regreso al ayer”, de Marcelo Berbel, con su aparente inocencia pueblerina, es una cabal representación de la *neuquinidad oficial*. Ha sido consagrada como canción del Centenario de la ciudad; su autor ha sido inmortalizado en el bronce; y sus detractores —tal el caso de Kalamicoy— han recibido airados repudios informales y oficiales. Pero lo que coloca a “Regreso al ayer” en línea directa con la *neuquinidad oficial* es el persistente miedo al otro: el problema de Berbel son todos esos desconocidos que habitan Neuquén. Sin embargo, en verdad, Berbel sí los conoce: son los recién llegados, los díscolos y levantiscos trabajadores de El Chocón, los docentes organizados, los militantes de las organizaciones de Derechos Humanos, los insumisos pueblos originarios, los militantes de la siempre variopinta izquierda partidaria y no partidaria. El problema, en definitiva, es que Berbel los conoce, pero no los reconoce. La neuquinidad oficial sólo acoge a los “buenos neuquinos”; los demás, quienes no comparten los valores estatuidos por la JEH son no-neuquinos; son otros que no deben ser reconocidos.

Por último, tenemos a la *neuquinidad contestataria* o alternativa. Si bien sus orígenes preceden a la *neuquinidad oficial*, puede decirse que recién se consolida a partir de las pobladas de Cutral Co de 1996/1997. Allí, en esa escena de originalísimo conflicto social, vienen a confluir los sentidos de una neuquinidad que se expresa fundamentalmente por su rechazo al orden establecido, su igualitarismo, su militancia progresista, de centro-izquierda o izquierda; su defensa de los Derechos Humanos, etcétera. Puede aventurarse que esta identidad es el común denominador de aquello que Petruccelli ha acuñado como contra-cultura de la protesta, la cual, en términos ideológicos es de izquierda (en sus más diversos matices) y en términos prácticos hace de la movilización callejera y de la protesta un acto constitutivo de tal identidad. El poema de Héctor Kalamicoy es una de las expresiones estéticas más logradas desde adentro de esa constante protesta que caracteriza a un nutrido sector de la sociedad neuquina. Neuquén no es la armonía del enclave utópico, ni el subrepticio miedo al otro berbeliano: Neuquén es un hervidero de lucha de clases, cara a cara, con todos sus ingredientes. El poeta repudia los símbolos más visibles de la *neuquinidad oficial* (el Cristo que cuelga de una cruz hecha con dos caños petroleros, la enorme bandera en lo alto de barda, la épica de una historia de apenas cincuenta años); deplora la extraordinaria desigualdad económica que se esconde detrás de un consumismo alentado por la cultura del *shopping*; brama

contra el viento, contra el agua que siempre falta en este pretendido oasis, contra los insectos y contra la condena a la cropofagia y las cervezas calientes; y festeja cada momento en que la tradición oficial se rompe porque alguna piedra se estrella, como protesta universal, contra alguna vidriera. En el tema local de Kalamicoy hay una apelación concreta a una lucha que es universal, como lo es la utopía de Cuña, y como está muy lejos de serlo del craso provincialismo de Berbel.⁵⁴ La neuquinidad no es un discurso puramente político, sino también una construcción estética hecha de naturaleza y cultura; de pasado y presente; de inclusiones y exclusiones. Es la construcción de identidades desde el poder y desde la resistencia, y es la añoranza por un futuro que nunca llegó ni termina de llegar.

⁵⁴ Esta secuencia de momentos de las neuquinidades –que no son monolíticos, sino que se prolongan, superponen, combinan, etc., adoptando incluso formas *impuras*– permite realizar un pequeño ejercicio dialéctico. Si la dialéctica, como sostiene Rubén Dri, es el despliegue del concepto-sujeto, la *neuquinidad primitiva* corresponde al universal abstracto, al ciudadano despojado de toda determinación, al sujeto indiferenciado (que contiene en sí al hombre particular y determinado). Este ciudadano no es otro que el sujeto que está en la mente de los constituyentes. La negación del universal abstracto, lo particular, emerge precisamente con el particularismo de la *neuquinidad oficial*, cuyo sujeto es el neuquino determinado y mediado por una historia, una tradición, una geografía específica, un paisaje evocado, una cierta memoria colectiva imaginada, etcétera. Esta neuquinidad lleva en su seno (así lo exige la dialéctica) a su contrario; en este caso, son esos *otros* invisibles que habitan en la poesía de Berbel. Éstos constituyen el sujeto que ocupa el lugar del universal concreto: la clase trabajadora, que es universal y a la vez está determinada como clase. Así, la *neuquinidad contestataria* es la negación de la neuquinidad oficial; es la negación de la negación. Sobre la noción de concepto-sujeto, ver: Rubén Dri, “La filosofía del estado ético. La concepción hegeliana del Estado”, en Atilio Boron (comp.), *La Filosofía Política Moderna*, Buenos Aires, Eudeba/Clacso, 2000, p. 217.